

THE HORUS HERESY®

# SOMBRAS DE TRAICIÓN

*Edición de Christian Dunn  
y Nick Kyme*

timunmas



THE HORUS HERESY®

# SOMBRAS DE TRAICIÓN

Edición de Christian Dunn  
y Nick Kyme

timun**mas**

Título original: *Shadows of Treachery*  
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta y de la pág.1: Neil Roberts

*Shadows of Treachery*, *Sombras de traición*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

- «The Dark King» y «The Lightning Tower» se publicaron por primera vez en el *Games Day 2007 Chapbook*. Copyright © 2007, Games Workshop Ltd.
- «The Kaban Project» se publicó por primera vez en *Horus Heresy: Collected Visions (La Herejía de Horus. La gran guía ilustrada)*. Copyright © 2007, Games Workshop Ltd.
- «Raven's Flight» se publicó por primera vez como audio libro. Copyright © 2010, Games Workshop Ltd.
- «Death of a Silversmith» se publicó por primera vez en el *Games Day 2011 Anthology*. Copyright © 2011, Games Workshop Ltd.
- «The Crimson Fist» y «Prince of Crows» no se han publicado con anterioridad.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2012 por Black Library Games Workshop Limited,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK  
[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

© Games Workshop Limited 2012

© De la traducción Games Workshop Limited. 2016. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0371-8  
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters  
Depósito legal: B. 7.827-2016  
Impreso en España por Romanyà Valls, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## ÍNDICE

El puño carmesí . . . . .	9
<i>John French</i>	
El Rey Oscuro . . . . .	111
<i>Graham McNeill</i>	
La Torre del Rayo . . . . .	129
<i>Dan Abnett</i>	
El proyecto Kaban . . . . .	147
<i>Graham McNeill</i>	
El vuelo del cuervo . . . . .	191
<i>Gav Thorpe</i>	
Muerte de un platero . . . . .	227
<i>Graham McNeill</i>	
Príncipe de Cuervos . . . . .	241
<i>Aaron Dembski-Bowden</i>	

## CIENTO CUARENTA Y UN DÍAS ANTES DE LA BATALLA DE PHALL

### El sistema Phall

Mi grito me despertó del sueño.

Abrí los ojos de golpe. Por un momento pensé que estaba ciego, que todavía estaba en Inwit y que el frío me había arrebatado la vista. Luego, el frío contacto de mi armadura cortó la larga distancia entre el pasado y el presente. No estaba ciego, y hacía mucho tiempo que mi hermano se había soltado de mi mano para caer. Tenía frío, como si el sueño hubiera logrado llegar hasta la realidad para envolverme en el recuerdo del frío de Inwit. El hielo que cubría las lentes oculares de mi casco convertía la visión en una niebla helada de tranquila luz cambiante. Era hielo de color rosa, el de la nieve medio derretida y mezclada con sangre. Veía de reojo las luces de advertencia parpadeando, lentamente, con un tenue color rojo.

«Aviso de vacío...

Aviso de integridad de armadura...

Condición de gravedad cero...

Evaluación de heridas...

Armadura con mínima energía...».

No podía recordar dónde había estado ni cómo había empezado a congelarme mientras moría la armadura que me envolvía. Parpadeé, traté de concentrarme en mis pensamientos. Las sensaciones comenzaron a inundar mi cuerpo: un eco adormecido de dolor en la pierna derecha, la oscura ausencia de toda sensación en la mano izquierda, un regusto metálico en la lengua. «Estoy vivo, y eso es suficiente de momento», pensé.

Intenté mover la mano derecha, pero la armadura se resistió por mucho que lo me esforzara. Probé a cerrar la mano izquierda. Nada. Ni siquiera podía sentir los dedos.

Volví a mirar el débil parpadeo de las runas de advertencia. La armadura estaba a la mínima potencia, se había convertido en poco más que una cáscara de metal. Me mantenía con vida, pero debió de haber sufrido graves daños.

Cerré los ojos y me tranquilicé. Sabía dónde estaba. Flotaba libremente en el vacío del espacio. La armadura mantenía mi cuerpo caliente pero estaba fallando. Se quedaría sin energía y yo empezaría a perder calor en el vacío. Mi carne reforzada aguantaría más que la de un humano normal, pero el frío acabaría alcanzando mis corazones y reduciría hasta el silencio el dúo de latidos. Sólo era cuestión de tiempo.

Durante un segundo casi perdí el control. Quería gritar, liberarme del abrazo de hierro de la armadura. Era el instinto de una criatura atrapada bajo el agua, el último aliento que quema sus pulmones, la inevitable oscuridad que se cierne sobre su vida. Dejé escapar un leve suspiro, obligué al instinto a tranquilizarse. Estaba vivo, y mientras estuviese vivo tenía una oportunidad.

—Reconectar todos los sistemas —dije.

Un impulso eléctrico recorrió mi cuerpo cuando la armadura obedeció. Casi en el mismo momento en el que la armadura se conectó, ésta comenzó a gritar. Un dolor seco me atravesó la columna vertebral. Los sonidos de alarma me retumbaron en los oídos. Unas runas irritadas parpadearon en la pantalla del casco. Apagué las alarmas con un parpadeo y los sonidos desaparecieron. Quedaban, como mucho, unos cuantos minutos de energía antes de que la armadura se convirtiese en una tumba. Levanté la mano derecha y limpié el hielo derretido de las lentes del casco.

La luz blanca e intensa deslumbró mis malheridos ojos. Estaba flotando en una sala enorme iluminada por la luz del sol que salía de algún lugar de detrás de mí. Todo estaba cubierto por una capa de hielo de color rosa, que brillaba bajo la cruda luz como un glaseado de azúcar en un pastel dulce. Pequeños cristales flotaban a mi alrededor, giraban despacio con el último impulso. Unos trozos cubiertos de escarcha de color rosa colgaban por toda la sala.

Parpadeé para encender un débil marcador en la pantalla de mi casco. El sistema de comunicación se activó con un sonido estático. Lo codifiqué para que transmitiera por todos los canales posibles.

—Aquí Alexis Polux de la Séptima Legión.

La voz sonaba hueca dentro del casco, y la única respuesta fue más sonido estático. Conecté la transmisión de un ciclo en bucle que emitiría hasta que la energía se acabase. «Tal vez alguien lo oiga. Tal vez quede alguien que pueda oírlo».

Algo chocó contra mi hombro y giró poco a poco hasta que pude verlo: una masa congelada un poco más grande que mi mano. Rodó con lentitud de un lado a otro. Extendí la mano para apartarlo, y se dio la vuelta y me miró con ojos sin vida.

Empecé a recordar: el rugido metálico del casco de la nave al rasgarse cuando la atravesaron las garras de la tormenta de la disformidad, la sangre que cubría la cubierta mientras los escombros flotaban por el aire; el grito de un oficial humano, con los ojos invadidos por el terror. Estaba en una nave. Recordé la cubierta agitándose bajo mis pies y los rugidos de la tormenta en el exterior del casco.

Aparté la mano de la cabeza decapitada y la brusquedad del movimiento me lanzó a través de la lluvia de sangre congelada. La sala daba vueltas a mi alrededor. Vi los huecos de los servidores obstruidos por el hielo y los bancos de instrumentos destrozados. Un Auspex me apuntaba desde el suelo, las pantallas y los holoproyectores parecían las ramas de un árbol bajo la nieve en invierno. Traté de frenar mi movimiento pero lo único que conseguí fue seguir girando. Las alarmas comenzaron a retumbarme en los oídos.

«Fallo de energía...

Fallo de energía...

Fallo de energía...».

Veía imágenes que pasaban rápidamente delante de mí, bañadas en la luz roja de las runas de emergencia. Había cuerpos fusionados con las paredes en capas de hielo ensangrentado. Vi trozos rotos de una armadura amarilla partida a la deriva entre miembros amputados y huesos desgarrados. Los manojos cortados de cables colgaban de las paredes como ristas de intestinos. Las tiras de hojas de datos flotaban junto a las formas fetales de los servidores congelados. Giré y vi el origen de la luz: un deslumbrante sol de color blanco que brillaba a través de un enorme agujero del casco de la nave. Podía ver la esfera azul resplandeciente de un planeta colgando contra la oscuridad salpicada de estrellas. Entre la luz de las estrellas y yo vi una imagen que me hizo fijar la mirada cuando me di la vuelta.

Había naves de combate destrozadas por todas partes. Cientos de ellas, con los cascos dorados machacados y partidos como si fueran cadáveres

a medio devorar. Unas enormes tiras del blindaje se habían desprendido de las frías entrañas de metal, mostrando el laberinto de habitaciones y pasillos del interior. Algunos cascos del tamaño de montañas habían quedado despedazados hasta formar trozos irregulares. Era como mirar los restos esparcidos de un matadero.

«Todos mis hermanos han muerto», pensé, y me sentí más desolado de lo que me había sentido en decenios. Recordé a Helias, mi verdadero hermano, mi gemelo, cayendo en la oscuridad desde la punta de mis dedos.

«Fallo de energía...», gritaban las runas de emergencia.

Al fin, los recuerdos se colocaron cada uno en su lugar. Sabía hacia dónde íbamos: hacia dónde íbamos todos. Me quedé mirando aquel cementerio y supe una cosa más con toda certeza.

«Fallo de energía...»,

—No lo hemos conseguido —le dije al silencio.

—... responda...

La voz mecánica me retumbó en el casco, quebrada y distorsionada por el ruido estático. Tardé un instante en responder.

—Aquí el capitán Polux de la Séptima Legión —dije mientras la pantalla de mi casco se apagaba.

Las descargas de sonidos estáticos me inundaron los oídos. Sentí cómo la armadura se volvía rígida a mi alrededor a medida que se le agotaba la energía. Un silencioso entumecimiento comenzó a invadirme el cuerpo. La pantalla del casco se oscureció. Noté que algo me golpeaba el pecho y luego me agarraba produciendo un sonido metálico. En la prisión de mi armadura moribunda, sentí cómo caía en la oscuridad, más allá de la vista y el dolor, como mis hermanos.

«Estoy solo en la oscuridad y el frío, y siempre lo estaré».

—Te tenemos, hermano —dijo una voz, el susurro de una máquina. Parecía surgir de una noche llena de sueños de hielo y naves muertas brillando a la luz de las estrellas.

Sabía que recaería sobre mí. Conocía el protocolo de nuestra legión tan bien como cualquiera, pero eso no evitaba que deseara que fuese de otra forma. Los historiadores y narradores hablan de las Legiones Astartes y dicen que no tenemos miedo, que nuestros corazones sólo están llenos de valor y furia. De los Imperial Fists dicen algo más: que nuestra alma es de piedra, que no hay emociones bajo nuestra piel. La verdad, como siempre, es algo que las palabras no pueden definir. Si no sintiésemos nada habríamos fracasado en las miles de guerras que hemos librado en



nombre del Emperador. Sin la duda para atemperar la audacia, el enemigo hubiera acabado con nosotros en multitud de ocasiones. Sin furia nunca habiéramos alcanzado lo más alto de la gloria. No siento miedo, pero en mi interior queda algo de él, debilitado y mustio, con las cuerdas afinadas en diferentes notas. Donde un humano sentiría miedo, yo siento el impulso de otra emoción, una colocada por capas en mi mente durante el proceso de mi creación. Algunas veces es ira, cautela o frío cálculo; otras veces es temor, un extraño eco de un miedo que he olvidado. Ese temor fue el que sentí al reunirse el mando de la flota en la *Tribuno*.

Pasaron delante de mí y se alinearon en la sala de granito y bronce. Un centenar de líderes de combate preparados para la batalla. Unos complejos entramados de color plata cubrían la superficie amarilla dorada de cada armadura, y el emblema del puño cerrado grabado en negro azabache brillaba en pechos y hombreras. Algunos de ellos eran viejos y tenían los rostros arrugados y llenos de cicatrices; otros parecían jóvenes, aunque no lo eran. Estaba Pertinax, que me miraba con verdes ojos mecánicos. A su lado caminaba Cazzimus, que había defendido las torres de Velga durante seis meses. Allí estaba Iago, quien había luchado en la primera pacificación de la Luna. Junto a ellos estaban los mariscales, los capitanes de asedio y los senescales de la Legión. Entre todos ellos acumulaban casi diez mil años de experiencia en el arte de la guerra.

Cuando todos ya habían pasado, les seguí caminando hasta el centro de la sala. Los adeptos de las máquinas estaban reparando mi armadura, así que llevaba puesta una túnica azafrán anudada a la cintura con un cordón de color rojo sangre. Soy el más alto de todos mis hermanos, e incluso sin armadura empuñaba a cualquier guerrero de la sala. La cámara estaba en silencio y mis pasos retumbaban mientras avanzaba cojeando entre mis compañeros. Podía sentir sus ojos clavados en mí, observando, esperando. El brazo izquierdo me colgaba rígido a un lado, con las viejas cicatrices de los dientes y las nuevas heridas escondidas bajo la manga ancha de la túnica. La carne que aún cicatrizaba enviaba impulsos de dolor a mis nervios. Ninguno de ellos se reflejaba en mi rostro.

La sala se encontraba en lo más profundo de la *Tribuno*, que ahora era la nave almirante de la Flota de Retribución, o lo que quedaba de ella. El bronce pulido cubría las paredes y el suelo descendía en hileras de granito negro. La luz del fuego de los braseros iluminaba la sala con un resplandor rojo, y se veía la fantasmal proyección verdosa de una estrella y de los planetas que giraban por encima del espacio abierto que había en el centro.

Tyr me había contado todo lo que iba a suceder. Había venido a verme mientras me recuperaba bajo la atenta mirada de los apotecarios.

—Es tu deber, Polux —me dijo mirándome con los ojos oscuros de su cara afilada como un hacha.

Si los servidores médicos no hubieran estado añadiendo carne al lado izquierdo de mi cuerpo, me habría levantado para responder. En mi estado, tuve que permanecer sobre la plancha de acero mientras los láseres de corte y los cauterizadores hacían su trabajo y me reconstruían los músculos destrozados y congelados.

—Hay otros más dignos —le contesté sin apartar la mirada.

Un atisbo de mueca apareció en la comisura de los labios de Tyr. El autocontrol es una de las principales cualidades de un legionario de los Imperial Fists, y estaba seguro de que ese indicio de burla de Tyr no era un desliz. Tal vez pensó que mis palabras eran un signo de debilidad, una traición o un error aún sin descubrir en todas mis décadas de servicio. Quizá simplemente yo no le gustaba. Somos hermanos, unidos por los juramentos y la sangre de nuestro primarca, pero la hermandad no requiere amistad. En realidad, no sé qué pensaba él. Siempre me he mantenido apartado, incapaz de leer los signos de los pensamientos de mis hermanos de la legión. No los conozco, y tal vez ellos a mí tampoco.

Tyr negó con la cabeza, y los hombros encorvados de su armadura de exterminador se movieron un poco con aquel pequeño gesto.

—No, hermano. Tú eres el discípulo de Yonnad, el heredero de este mandato. El primarca y Sigismund se lo pasaron a él. Y ahora es tuyo, no puedes rechazarlo.

Miré a los ojos de Tyr, tan parecidos a los de nuestro primarca. No hablaba desde una falsa modestia; había otros más dignos de liderar una fuerza que todavía suponía una quinta parte del poder total de nuestra legión. Los mejores hombres habían sobrevivido al naufragio de la flota: comandantes con más experiencia de campaña, más altos en los roles del honor y más diestros en las armas. Tyr era uno de esos líderes.

Yo no soy un héroe, ni un campeón de la Legión. Sé cómo defenderme y atacar, ponerme en pie y no ceder. No tengo nada más. Eso es todo lo que tengo. Pero somos guerreros de los Imperial Fists, y las formas y el orden no son algo que podamos dejar a un lado con facilidad. Yonnad me designó como su sucesor. Dudo que él contemplara que ese mandato pudiera recaer en mí tan pronto. Pero me sacaron con vida de un naufragio helado, y la tormenta se había llevado a mi mentor.

Tyr tenía razón; no podía negarme. Era mi deber, y ese deber me llevó cojeando hasta el centro de un círculo formado por mis compañeros.

Me detuve en medio de la sala, debajo de la pantalla giratoria, y alcé la vista hacia los rostros alineados en las gradas. Un centenar de pares de ojos brillaba hacia mí desde las sombras. Me sentía profundamente honrado y completamente solo. La verdad era que no le tenía miedo al cargo. Yonnad había sido el mejor señor de la flota de la Legión y yo fui su mejor alumno; había comandado flotas de expedición y campañas de conquista. Con Yonnad muerto en la tormenta, yo era su heredero. Era un honor que la Legión me acogiera y me adiestrara para ello pero era un honor que no quería.

Nuestra flota fue la primera respuesta del primarca a la traición de su hermano. Quinientas sesenta y una naves y trescientas compañías habían salido de la *Falange*. Le habían otorgado el mando al primer capitán Sigismund, pero el primarca lo envió de vuelta a Terra, así que partimos hacia Isstvan comandados por Yonnad. La tormenta se apoderó de nosotros en cuanto entramos en la disformidad y no nos dejó escapar. Los navegantes no pudieron encontrar la luz del faro del Astronomicón, y todos los rumbos que tomábamos nos adentraban más en la tempestad. Estábamos perdidos, a la deriva en las corrientes de un mar maligno. Después de lo que parecieron muchas semanas, los navegantes percibieron una grieta en las tormentas, un único punto de tranquilidad. Navegamos hacia él, y la furia de la tormenta nos siguió.

La flota se había trasladado a la realidad, en el borde de un sistema estelar. Jamás había vivido nada como el poder de la tormenta en esos últimos momentos. Los campos de Geller fallaron, los cascos de las naves se deshicieron en fragmentos y ardieron con el fuego de sus propios reactores. Algunas naves consiguieron ponerse a salvo, pero muchas murieron, y los cadáveres salieron escupidos de la disformidad para congelarse en el vacío. Doscientas naves de guerra perdidas, con sus restos flotando a la deriva bajo la luz de una estrella olvidada. Me encontraron entre los restos de uno de esos naufragios. Era uno de los pocos supervivientes.

Diez mil legionarios muertos. No era capaz de comprender semejante pérdida.

Quedaban trescientas sesenta y tres naves de guerra. El destino de más de veinte mil de mis hermanos de los Imperial Fists estaba en mis manos. Era un peso que nunca había llevado antes.

«Debo hacerlo», pensé. «Incluso si es más de lo que puedo soportar, debo hacerlo».

Asentí una vez hacia la sala reunida.

Silencio. Luego un centenar de puños golpearon en las placas pectorales al unísono.

Hice un gesto a través de la lenta proyección del sistema en el que nos encontrábamos. Su nombre era Phall, un sistema tan menor y desapercibido que existía sólo como un oscuro pie de nota en los archivos de navegación. La proyección dio vueltas y, los planetas que orbitaban alrededor desaparecieron a medida que aparecía una imagen mostrando las naves supervivientes de los Imperial Fists. Dejé que rotara durante un momento. Había una cuestión que todos los presentes teníamos que considerar.

—Quinientas naves dirigidas hacia el centro de la mayor traición jamás cometida. Doscientas de ellas perdidas cuando huían hacia el único lugar en calma de la tormenta. Dos planetas, una vez habitados, ahora desiertos. —Miré hacia donde las nubes púrpuras diseminadas representaban las condiciones relativas de la disformidad alrededor del sistema—. Aquí estamos, rodeados por las tormentas que nos han traído hasta aquí. Incomunicados. Contenidos. Atrapados.

Levanté la vista y observé los rostros que me miraban; algunos asentían como si entendieran a dónde quería llegar. Tal vez ya habían visto los mismos elementos de nuestra situación y habían llegado a la misma conclusión. Sabía cómo construir una trampa, las había utilizado en docenas de guerras, y sabía lo que era acabar con un enemigo debilitado y sorprendido. Al mirar la proyección de nuestra flota a la deriva en el sistema de Phall reconocí una trampa. Cómo se había podido producir algo así estaba más allá de mi comprensión, pero sabía lo que el instinto me decía.

—Y si nos hemos quedado atrapados aquí —dije, y mi voz resonó a través de la silenciosa sala—, ¿quién vendrá a por nosotros?

## El Palacio Imperial, Terra

Su padre le esperaba en la cima de la fortaleza más antigua del Trono del Mundo. El Bastión de Bhab era una roca con forma de cilindro irregular que se elevaba hasta el techo del mundo como un dedo apuntando al cielo. A lo largo de los milenios de la Antigua Noche, los señores de la guerra, los reyes y los tiranos lo habían convertido en su refugio, e incluso ellos lo consideraban antiguo. Ahora no era más que una horrible reliquia entre la creciente expansión del Palacio Imperial, un zafio recordatorio de la barbarie fundido en un monumento a la iluminación y la unidad.

Sigismund se preguntó si ahora la barbaridad de la vieja fortaleza triunfaría sobre el palacio que lo había tratado de domar. Las antiguas formas y necesidades vuelven de nuevo, siempre vuelven. La guerra había sido la única constante de la existencia desde que la humanidad anduvo por primera vez bajo los rayos de este sol, y perduraría durante mucho tiempo después de que ese mismo sol se convirtiera en frías brasas. De eso estaba seguro.

El viento que soplaba en la parte superior del bastión era frío y estaba cargado con el olor de las especias procedentes de los campos de trabajo de las laderas de las montañas lejanas. Sobre él, las nubes se deslizaban a través de un brillante cielo de color azul y la luz fría del amanecer caía sobre la piel desnuda de su rostro. Puede que alguna vez fuese atractivo, pero la guerra y los cambios genéticos le habían dado un final diferente. Eran unos rasgos de nobleza en un rostro corriente, con la piel salpicada de

marcas y la carne bajo el ojo derecho destrozada por una cicatriz que iba de la mejilla a la mandíbula. Pero era en los ojos en lo que la mayoría de la gente se fijaba: de un brillante color zafiro y de gran intensidad. Ataviado con armadura de combate de oro pulido y una túnica de color blanco cruzada en negro, llevaba las marcas y honores de un centenar de guerras como una segunda piel. Nunca le habían derrotado en ninguna batalla librada entre las estrellas. Desde los fosos de gladiadores de los World Eaters hasta la conquista de cúmulos de estrellas, había demostrado lo que significaba ser un guerrero del Imperio. En otro momento, habría sido el mayor guerrero de su época, pero en estos tiempos no era más que el hijo más fuerte del ser que lo esperaba en el parapeto de la torre.

Rogal Dorn relucía bajo la brillante luz. Sus hombros quedaban a la altura de la cabeza de Sigismund. El primarca de los Imperial Fists era un semidiós revestido de adamantium y oro. Junto a Dorn había una astrópata, una mujer sumamente delgada cuya columna vertebral arqueada se podía adivinar con claridad bajo la seda verde de su vestido.

Ninguno de los dos dijo nada, pero Sigismund pudo sentir que acababan de terminar una conversación, aún se podía notar la tensión en el aire. Se arrodilló, y el viento agitó el tabardo contra su armadura.

—Gracias, mi señora. —Dorn hizo un gesto con la cabeza a la frágil astrópata, que le brindó una reverencia y se marchó—. Levántate, hijo mío —añadió.

Sigismund se levantó despacio y miró a su padre. Unos ojos oscuros lo observaban desde un rostro de líneas duras y quietud indescifrable. Dorn sonrió con gesto ceñudo. Sigismund sabía lo que eso significaba: lo mismo que había significado todos los días desde que volvieron a Terra.

—¿Sin noticias, mi señor? —preguntó Sigismund.

—Ninguna.

—Las tormentas de la disformidad que tapan...

—Hacen poco probable la comunicación, sí. —Dorn se dio la vuelta.

Más allá de la almena, un águila volaba contra el frío cielo azul, rozando el borde de una nube de humo que flotaba a la deriva. Los ojos de Dorn la siguieron, trazando la espiral de su vuelo mientras se elevaba en una columna de aire cálido.

Hacía ya muchas semanas que Dorn había oído y visto las pruebas de la traición de su hermano. Sigismund recordó la rabia en los ojos de su padre. Aún estaba allí, lo sabía, envuelta en voluntad y enterrada bajo capas de control. Lo sabía porque también ardía en él, un brillante eco de la fría ira de su padre. Dorn quiso ir y enfrentarse él mismo a Horus, para oír la

confesión del traidor y hacer justicia con sus propias manos. Sin embargo, el deber le había retenido: el deber con el Emperador y el Imperio que Horus trataba de destruir. Regresaron a Terra, pero Dorn envió a sus hijos como emisarios de su furia. La llamó la Flota de Retribución. Treinta mil legionarios de los Imperial Fists y más de quinientas naves de guerra se lanzaron hacia Isstvan, una fuerza lo suficientemente grande como para someter un centenar de mundos que portaba la ira de un hermano. Ahora, una segunda fuerza compuesta por numerosas legiones se reunía para atacar Isstvan, pero no habían recibido ninguna noticia de la Flota de Retribución.

—Las noticias llegarán, mi señor. La galaxia no se va a tragar un tercio de la Legión así como así.

—¿No? —Dorn volvió sus oscuros ojos hacia Sigismund—. Guerra entre las legiones. Horus, un traidor. El suelo bajo nuestros pies se convierte en el cielo. ¿Podemos estar seguros de que sabemos algo con toda seguridad?

—Ha estado haciendo demasiado caso de las preocupaciones del consejo, mi señor —dijo Sigismund con voz serena.

«El miedo nos rodea», pensó. Recorría los pasillos de Terra como un viento helado. Recorría los sumideros de las colmenas de Nord Mérica y las susurrantes columnatas de Europa. Se extendía en las miradas, en los rumores y en el silencio de los temores que quedan sin decirse. Se encontraba allí donde uno mirara y crecía cada vez más. La traición de Horus había sacudido todas las suposiciones de verdad y lealtad del Imperio. En un solo segundo, todo se ha vuelto inestable. ¿Quién más se pondría del lado de Horus? ¿En quién se podría confiar? ¿Qué podría pasar? Preguntas sin respuesta. Al mirar a su padre a los ojos, Sigismund se dio cuenta de que conocer algunas de las respuestas no le reportaría mucha tranquilidad.

—La flota llegará a Isstvan, y pase lo que pase, lo soportarán. Son vuestros hijos.

—¿Ahora te arrepientes de haber regresado? —preguntó Dorn.

—No. Mi sitio está aquí —dijo él, mirando hacia atrás, a la cara de su padre.

El mando de los Imperial Fists destinados a Isstvan se lo habían dado a Sigismund, pero no había cumplido con su deber. En vez de eso, había solicitado regresar a Terra. Dorn confió en su hijo y accedió a su petición sin hacer preguntas.

La verdadera razón la guardó para sí, ya que creía que su padre no la entendería. Ni siquiera el propio Sigismund lo entendía, pero había

tomado una decisión. Ese engaño pesaba sobre él desde entonces como cadenas de penitente.

Dorn sonrió.

—Tan seguro, con tan pocas dudas —dijo.

—La duda es la mayor debilidad. —Sigismund frunció el ceño.

Dorn enarcó una ceja.

—Citar mis propias palabras es un halago poco sutil o un reproche muy sutil.

—La verdad es una hoja de doble filo —dijo Sigismund con voz tranquila. La risa de Dorn resonó a través de la plataforma como un breve trueno.

—Ahora sí que estás tratando de provocarme —gruñó Dorn, pero sus palabras aún contenían un toque de risa. Agarró a Sigismund por el hombro—. Gracias, hijo mío —dijo con voz grave de nuevo—. Me alegro de que estés aquí.

Por un momento, Sigismund quiso decirle la verdad, contarle por qué había vuelto a Terra. Entonces su padre apartó la mirada y esa sensación desapareció.

—Tengo trabajo para ti, aparte de alejarme de la melancolía. —Los ojos de Dorn se habían posado en las estrellas que brillaban en el filo del horizonte, con la mirada clavada en un destello de color rojo que parpadeaba como una ceniza de refrigeración—. Nos ha alcanzado —dijo al fin—. La traición ha llegado hasta nuestra propia puerta.

—Entonces, ¿los informes son ciertos? ¿Marte ha caído?

—Sí.

Sigismund sintió que la ira le recorría todo el cuerpo ante la idea de tener un enemigo tan cerca del corazón del Imperio. El odio creció en su interior, enviando a sus extremidades una ola de calor, alimentándose de pequeñas emociones hasta convertirse en apenas una línea concentrada de fuego encadenado. Fue este fuego interior el que le hizo un guerrero sin par bajo el Emperador y el primarca, cuya sangre compartía. Por un momento se sintió como antes del encuentro con la *Falange*, antes de que todo cambiara.

Dejó escapar un largo suspiro.

—Voy a reducir a los traidores marcianos al polvo.

Dorn negó con la cabeza.

—No hay tiempo. Por ahora debemos asegurarnos de que tenemos todo lo necesario para la defensa de Terra: las armaduras de Mondus Occulum y Mondus Gamma.



Sigismund asintió. Si no les quedaban aliados entre los adeptos de Marte, sería una misión realmente dura; dura, pero sencilla.

—¿Mis recursos?

—Tienes cuatro compañías, y Camba-Díaz irá contigo.

—Para contener mi mal genio —espetó Sigismund, apreciando la inteligencia de aquella orden de su padre, a pesar de que tuviera que tragarse su orgullo.

—Todos necesitamos el apoyo de los demás —Dorn inclinó ligeramente la cabeza—. ¿No es así, hijo mío?

Sigismund pensó en el destello de incertidumbre que había visto en los ojos de su padre y en la verdadera razón por la que había pedido regresar a Terra.

«Está en el centro de una tormenta de miedo y traición», pensó, «y yo debo permanecer a su lado sin importar lo que pueda pasar».

—Así se hará, mi señor —dijo él, y se arrodilló a los pies de su padre.

—De eso estoy seguro —dijo Rogal Dorn.